

Como profesor universitario me he enfrentado con la máxima responsabilidad de influir sobre las almas humanas, de promover, en alguna forma, destinos decisivos. Nunca son irrelevantes las actitudes docentes en torno a la formación de los hombres. Hay una *pasión del espíritu* propia del educador. Es el *eros* pedagógico. "El estar-llamado es más que el tener-una- profesión. El educador tiene una "misión" del mismo modo que Goethe adjudicó a su Wilhelm Meister"<sup>1</sup> una cierta misión. La educación solo vive en el elemento del amor. Nunca el amor puede ser absorbido enteramente por el rigor. Es natural que el verdadero educador sienta siempre una insatisfacción de si mismo, una insatisfacción en cuanto núcleo ético de su ser. No se puede despertar en otro la vida grande y sagrada que no se ha incorporado existencialmente al pedagogo. Sin un impulso esencial de formar hombres con capacidad y diligencia no se puede ser educador. La docencia —de *do-scientia*, doy la ciencia— universitaria no tiene por objeto primordial "explicar", como generalmente se sigue creyendo, sino guiar y orientar el trabajo de los educandos. El estudiante puede interpretar lo que lee, pero necesita que le indiquen lo que ha de leer, que le susciten problemas, que le contrasten opiniones, que le resuelvan dudas, que le despierten la curiosidad. Nada sería la enseñanza superior sino tuviese hincadas sus hábitas raíces en el suelo nutricio de

---

1 Eduard Spranger: "El Educador Nato", Pág. 71, Editorial Kapeluse

la ciencia. La investigación dignifica la universidad y la salva de caer en las redes de una mecánica ciega. Partiendo de nuestra fidelidad a las mejores esencias universitarias, podemos, por el espíritu de la investigación, henchir de posibilidades y de realidades a nuestra "Alma mater", que se renovará en nosotros y en las generaciones que nos suceden. En la cátedra y en el libro he dicho, en más de una ocasión, que el humanismo es consubstancial a la universidad. Si en la universidad tendemos a conocer objetivamente al hombre en su integridad, las humanidades resultan imprescindibles e inaplasables. Al hablar de humanismo implicamos, naturalmente, la búsqueda, establecimiento y exaltación de los más altos valores de la cultura. Si ciencias y humanidades tienen una misma causa fontal y un mismo fin común, hay que desterrar las rígidas fronteras entre ciencia y humanidades. Los científicos tienen que tratar de comprender su actividad humana. Los humanistas llevan sus investigaciones a la objetividad científica más rigurosa y depurada. La vinculación entre ciencias y humanidades debe darse, precisamente, en la universidad.

Mi camino a la filosofía pasa por el Derecho. El ser jurídico se nos muestra ubicado en el fino y sutil mundo del espíritu. Nunca encontraremos el ser del Derecho entre los determinismos ciegos de la materia, porque su entidad pertenece al mundo cultural-espiritual-histórico bajo el modo de ser de

una forma de vida social. Llegar a la Filosofía por el Derecho, presenta sus ventajas. No tan sólo por la disposición lógica y la precisión mental que forjan las categorías jurídicas, sino también –y acaso más– por el *esprit de finesse* que supone el ejercicio del Derecho. Filosofía y Derecho, en provechosa simbiosis vital, se insertan en mi concreta vocación. He continuado cultivando el Derecho al par de la Filosofía, en entera conformidad con la tradición clásica y con la hispano-americana. La Filosofía de Derecho, la Teoría General del Estado y el Derecho Internacional, han sido y siguen siendo materias preferentes en mi especulación, que se integran en mi vocación de filósofo, jurista, humanista y educador porque la vocación integral de un hombre –programa existencial– no puede ser reducida a los límites estrechos de una profesión. Como se trata, en esta ocasión de un homenaje que me rinde mi Facultad, la primera en mi vida que me otorgó un título universitario. Quisiera expresar mi legítimo orgullo de haber luchado por el Reino de la Justicia, que no se viene a la mano por sí solo, y de haber abrazado, dentro de mi vocación integral, la vocación jurídica. El Derecho ha descollado como el más importante fenómeno social. Reduce a su imperio incontables relaciones sociales, obligándolas a que se desenvuelvan dentro de la corrección jurídica. El Derecho –fuerza coordinadora– es la síntesis de todas las incontables energías de la sociedad, porque todas ellas se destruirían mutuamente y matarían al organismo social, si el Derecho, fuerza

soberana, no interviniese armonizando y conciliando, en una suprema síntesis de equilibrio, todas esas corrientes impetuosas de la vida humana, de la vida material o económica, de la vida intelectual, de la vida artística, de la vida moral, de la vida religiosa.

Debo decirlo aquí y ahora: Siento que con el auxilio de Dios he podido hacer obra, pero que no he hecho todo lo que podría hacer. Como humano que soy es posible que haya incurrido en varios errores. Como cristiano pido perdón por ellos. Hago más, con íntima emoción, aquellas palabras del poeta:

*Voy perdiendo la memoria*

*y olvidando todas las palabras . . .*

*Ya no recuerdo bien . . .*

*Voy olvidando . . . olvidando . . . olvidando . . .*

*pero quiero que la última palabra,*

*la última palabra, pegadiza y terca,*

*que recuerde al morir*

*sea ésta: PERDON.<sup>2</sup>*

Mi paso por la Universidad –por la mía y por muchas otras universidades mexicanas y extranjeras– ha sido, también, una larga meditación filosófica en la que he puesto muchos años de trabajo intelectual y muchas de mis mejores esperanzas. A la disposición de los universitarios he puesto más de

<sup>2</sup> León Felipe: "¡Oh este viejo y roto violín!", Pág. 121, Colección Málaga, S.A. México.

una veintena de libros. No quiero hablar, en esta ocasión de todos esos hijos del espíritu que ya corren su suerte en plena luz pública. Mi obra no está exenta de una limpia pasión universitaria y de un acendrado amor a la investigación humanística. Ese *pathos*, –mis amigos lo saben– me ha permitido soportar pruebas difíciles, superar la desilusión y esperar nuevas auroras. Quiero manifestar mi cabal gratitud a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Quisiera no defraudarlos, pero solo puedo prometer ánimo y esfuerzo en la tarea de recibir y de forjar valores, dentro de la sociedad que me circunda existencialmente. El *eros* filosófico es un vehemente amor de participar con el meollo de nuestro ser en lo esencial de todos los entes posibles. Esta participación se realiza en el hombre *entero*, con la totalidad de sus facultades espirituales superiores. La filosofía no es tan solo un saber sino una forma de ser hombre, una actitud vital, un ejercicio de perfección y de dignificación humana. Trátase de un imprescindible menester existencial de ubicación y de autoposición. La justicia –noble misión– distribuye la armonía, la conciliación, el equilibrio, el concierto del orden interno e internacional en el seno del mundo que habitamos. Pero debo decir que sobre la justicia está el amor, la *cáritas* con la suprema nobleza que derrama su etimología. Si extirpamos el Derecho de la sociedad, la sociedad morirá. Si no hubiese Filosofía, habría que inventarla, porque no se puede vivir sin Filosofía

¿Razones? Porque para vivir es menester saber como es bueno vivir, y para saber como es bueno vivir, es preciso filosofar. Se puede vivir con una filosofía miserablemente anémica o con una filosofía rigurosa, pero no se puede vivir sin filosofía. Mi vocación me lleva a la creación filosófica y a la investigación personal directa de la problemática jurídica más elevada, que es la lusfilosofía. No hay manera de vivir humanamente en la tierra sin construirse una “idea del mundo”, sin conocer la situación y la circunstancia. Vivir aquí y ahora significa entrar en relación con el contorno y tener conciencia de la época. Pero no se vive solamente para el “aquí” y para el “ahora”. Por su comunión con la verdad, el hombre se evade de la cárcel espacio-temporal. Somos responsables de la verdad en cuanto desvelamiento y en cuanto comunicación. El amor es inseparable de la verdad: La esclarece y la posibilita. Estamos llamados – todos sin excepción– a dar testimonio de la verdad. Abrirse a la verdad y abrirse en la verdad para los otros es cumplir la ley de nuestro propio ser. Tenemos la certeza de que somos hombres para algo más que para dar con nuestros huesos en una tumba. Por eso me ha parecido siempre magnífico el lema de la Universidad Autónoma de Nuevo León: “*Alere Flammam Veritatis*”. Si la administración de la verdad esta confiada a la libertad humana, es preciso alentar la flama de la verdad. Condenados como estamos a la muerte, debemos apresurarnos, con inquebrantable voluntad y sin descanso, a dar

nuestro mensaje, grande o pequeño, pero siempre auténtico, antes de pasar a aquel estadio en donde tenemos la certeza –los creyentes– de que sobran los mensajes, porque todo está a la vista, en su más prístina patencia. Pero todo desvelamiento, todo mensaje debe estar al servicio del amor que abraza y excede a la verdad.

Quiero –antes de concluir esta ceremonia académica– dejar un mensaje a las nuevas generaciones. No basta pensar lo extraordinario; menester es vivirlo. Abrámonos a la verdad, y abrámonos en la verdad para los otros. Es preciso amar, hasta el fin, lo verdaderamente valioso, para que nuestra vida sea una autoconstrucción por el amor. Hay que preferir la verdad antes que la paz. Es preciso acostumbrarnos a pasar sobre el propio yo, que es el hombre rudimentario; a vencer al hombre egoísta que todo lo calibra por el interés. Y aunque nuestro querer vaya siempre más allá de nuestro poder, nunca perdamos el impulso y la dirección hacia el ideal.

Cuando se da valor absoluto a lo relativo se cae en mitos, en ídolos que se suceden sobre los altares de la historia. El retorno a razones universales y eternas, la necesidad de una síntesis constructiva y comprensiva de la cultura moderna es requerida hoy por los más inteligentes y sinceros pensadores. ¿Cómo podemos tener, de otra manera, una sabiduría superior que sea fuente de unidad y de armonía? El formidable reto que nos lanza el saber

contemporáneo –especializado y desintegrado– nos insta a la recomposición ideológica y a la reconstrucción del hombre integral. Es la difícil composición unitaria metafísica-ética-artística-política-científica-espiritual que recibe los valores entregados por el hombre como realizaciones perennes de verdad, bondad, justicia, belleza y paz. El orden solo existe cuando hay convergencia y armonía en torno a un principio. Ahora bien, el principio del orden no puede ser el hombre mismo, puesto que se trata de un ente contingente, caduco, finito. El Ser necesario es el supremo principio del orden humano que esta llamado a ser, si queremos entenderlo bien, un “*ordo amoris*”.

La sabiduría o sapiencia no significa, tan sólo, un saber de considerable extensión, profundidad y elevación, sino un orden de vida centrado en el Ser Supremo. A la sabiduría nos acercamos, purificándonos, por el dolor. Y nos acercamos también por la inocente alegría de la vida, por la difícil sencillez, por la confiada entrega, por la veneración del misterio. El sabio busca un bien cuya posesión sacie todo deseo y confiera la paz. No se trata de una simple búsqueda existencial. La sabiduría está profundamente interesada en el destino del hombre. Feliz es “aquel que posee el bien sumo que se conoce y se posee en aquella verdad que llamamos sabiduría”, dice San Agustín.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> San Agustín: “*De libero arbitrio*”, II 9-26, *patología latina de migne* 32, 1954

La sabiduría escudriña el principio de todo lo real y se abraza a él. No se trata de un mero conocimiento de la verdad, sino de un abrazo de la verdad y una atracción y compenetración íntima con el Ser fundamental y fundamentante: Ahí donde la verdad y el amor llamean en la cima, camino hacia lo alto. No bastan números, matemáticas, ciencias naturales, técnica; el espíritu del hombre busca la plenitud subsistencial, el fin último, el destino supratemporal. El erudito puede tener muchos datos sobre una o varias ciencias, pero si no es sabio ignora lo que es en su núcleo esencial, e ignora su destino que no puede ser otro que Dios. El sabio – hablo de sabiduría humana por supuesto – tiene un conocimiento lo más perfecto posible de sí mismo y de Dios; se comporta, además, conforme a este conocimiento. Sobran eruditos y faltan sabios. Hay poca gente feliz. Esta sociedad de consumo, ayudada por una inmensa publicidad ayuna de principios éticos, está produciendo corazones humanos deprimidos, subdesarrollados en materia de cultura cordial. Si ya no hay amistad, si ya el hombre no cuida del hombre, de nada sirve seguir construyendo grandes ciudades vacías de calor humano. La muerte del amor petrifica los corazones. La leña seca del sistema cordial, en un odiador, solo sirve para arder. El desamparo espiritual no puede ser más lacerante. Si la tierra pudiese llorar, lloraría por el destierro del hombre. La destrucción de los ídolos es siempre saludable. El Estado, el arte, la ciencia, el placer, el dinero, la voluntad de poder,

son bienes finitos que no pueden ponerse en lugar de Dios. Somos llamados por el amor, aunque vivamos desviviéndonos entre lo actual y lo proyectado. Pero en esa rajadura de existencia sorprendemos un impulso al infinito.

En el hondón del alma está la enjundia de lo que somos y de lo que anhelamos ser. Un hervor de reverencias y de amores debe impulsar el vuelo generoso. Hay que batir alas sobre la desventura de las pequeñeces. En medio del estruendo que se produce, del vértigo de la vida, importa acometer el riesgo de cada día con un temblor de impulso seguro y de certidumbre ocasional. Hay un plan y un gobierno del mundo y de nuestra vida que nos supera, pero que cuenta con nosotros – inteligencia, voluntad, emoción superior – para dar algún día en el blanco de esa flecha que hoy camina callada y misteriosamente. Una espera, que es espera esperanzada, penetra y funda nuestra vida anhelante de verdadera felicidad integral, profunda, eviterna. He aquí lo que tenía que decir. El resto es silencio preñado de gratitud y promesa.